

rasgos esparcidos en las canciones de amor, carecen de expresión y de individualidad. Son como clisés de la « dama de sus pensamientos ». Tiene colores risueños, gentil cuerpo, gracioso semblante, continente sencillo, aspecto de doncella, sonrisa bondadosa y dulce, talle elegante, agradables palabras y boca y barba bien formadas. Sólo Tíbaldo de Champaña, cuando canta á Blanca de Castilla, precisa y caracteriza algo más.

¿Qué piensan de la mujer? Cuando son felices, la adulan, y cuando se ven rechazados, la calumnian. En los días felices la dama está en el pináculo, su aureola eclipsa todas las diademas y se hallan en su persona, como en Dios mismo, y aun más, todas las perfecciones. Tiene « corte-sía », es decir, un compendio de todas las virtudes; es « de inestimable precio » y « no la hay mejor ni aquende ni allende el mar ».

Cuando se muestra cruel é inflexible, el trovero gime ó jura, poseído del furor de Alcestes :

Et si autrement je ne puis son amour avoir,
Dieu la fasse si vieille et si laide
Que tout le monde, hors moi tout seul, la haïsse!¹

He aquí un magnífico grito de pasión furiosa. « ¡Fuera mujeres! son mentirosas, falsas, astutas, coquetas ». Además afirman ya que es locura fiarse de ellas.

Por lo tanto lo mejor sería renunciar al amor que « nada vale y á nada conduce »; pero el poeta se lo debe todo, sobre todo la inspiración, y vuelve á él.

Éste es el amor feudal, el amor cortés y caballeresco, que tiene por base el honor y la lealtad, y que liga al amante del mismo modo que el vasallo lo está con su soberano.

¿Cómo conciliar esta teoría del amor sumiso y esclavo con las protestas é injurias que el despecho arrancaba á veces al poeta? Éste, en castigo de tanta audacia, tenía que retractarse y declarar que se había equivocado.

El mismo matrimonio con otra mujer no desliga al poeta de su juramento á su dama, y jamás se ha visto amor más exigente y tenaz².

1. Y si de otra manera
Su amor lograr no puedo,
Tan vieja y fea Dios ponerla quiera
Que á todos, salvo á mí, les causa miedo.

Recuérdese la copla popular :

Los ojos de mi morena
Santa Lucía los guarde.
Y si no son para mí,
Que el demonio se los saque.

(N. del T.)

2. « El matrimonio no es una excusa legítima para el amor » dice Andrés el capellán, autor del siglo XII, en su *Arte de amar*. (N. del T.)

Nace, de ordinario repentinamente, de un cambio de miradas, de una aparición. He aquí cómo cuentan las *Crónicas de San Dionisio* la primera entrevista de Tíbaldo de Champaña y de la reina Blanca de Castilla; si no están conformes con la historia, á lo menos muestran un modo conmovedor de describir la pasión :

« El conde miró á la reina, que era tan bella y prudente, que quedó deslumbrado por su gran belleza. Partió pensativo y recordaba con frecuencia la dulce mirada de la reina y su noble continente. Pero cuando recordaba que era dama tan elevada y de tan buena y pura vida, sentía su pensamiento embargado por la tristeza. »

Éste es el amor cortés, irresistible é imperioso que cantaba Tíbaldo el Navarro mucho antes que existiese el conocido estribillo :

Qui voit venir l'amour courant
Pour tirer ses sagettes d'acier,
Il se devrait détourner en fuyant
Et se garer, s'il se peut, de l'archer¹.

Éste es el grito apasionado que más tarde lanzará Alcestes :

Ah! que si de ses mains je rattrappe mon cœur²!

En la carrera poética del trovero se suceden las pasiones sin perjudicarse una á otra, hasta el día en que, ya viejo, renuncia al amor sin cólera y sin pesar, sonriendo ante el recuerdo de sus años juveniles. Rara vez lo arraigado de la pasión obliga al trovero á retirarse maltratado, cansado é irritado de haber sufrido sin reposo.

Á veces el poeta, en su edad madura, se separa del mundo para pensar en su salvación y se consagra á la devoción. Ya no se dirige en sus cantos á la dama de su corazón sino á la Virgen. Acaba por reconocer que « el árbol del amor, al par que sabrosos frutos, ofrece también frutos verdes y engañosos », y se retira para entregarse á la oración. Irá á combatir en Palestina, no como lo hubiera hecho en otro tiempo para agradar á su dama, sino porque « la Tierra Santa es el camino para ir al Paraíso ». Todos ellos tenían muchos crímenes que purgar : « Se les prometía, dice Montesquieu, poderlos espiar siguiendo su pasión dominante : tomaron pues la Cruz y las Armas ». Con ellos se

1. Quien ve correr al Amor
Para herirle con sus dardos,
Procure esquivar huyendo
Los tiros del niño alado.

También dijo hermosamente Gil Polo que :

Al que no teme el amor
Ningún peligro la espanta.

(N. del T.)

2. Oh! ¡si yo logro arrancar
Mi corazón de sus manos!

tornaba piadosa la canción de amor : la iglesia contribuía á esta metamorfosis, que redundaba en beneficio suyo, del modo que la deformación de la canción de amor en *soite chanson* redundaba en beneficio de la parodia¹.

La transformación era muy fácil entre las canciones de amor y las piadosas, pues el amor divino y el terreno se compenetraban.

Muchas justas de amor eran antiguas cofradías religiosas. Con frecuencia el poeta invoca alternativamente en la misma canción á Dios y á su dama, cosa que era admitida y corriente.

¿Cuál era el destino de estos cantos? ¿Qué era de ellos una vez terminados? El caso más sencillo era aquel en que el autor se dirigía á su dama para darle á conocer de viva voz su nueva obra. Con frecuencia el trovero enviaba su canción, pero se sabe en qué forma lo hacía. No era en forma de rollo sino en carta doblada, adornada á veces con miniaturas y encerrada en un marco de flores. Cuéntase en *Flamenca* la historia de una esposa infiel que besaba todas las noches la carta de su amante y, al doblar el papel, hacía que coincidiesen las dos flores pintadas á la derecha y á la izquierda de la hoja. Pero solía ocurrir que la dama, por muy elevada que fuese, no sabía leer. Bernardo de Ventadour cita como una maravilla el que su dama supiese y entendiese el alfabeto.

Entonces el poeta enviaba su canción por medio de un juglar fiel, que la cantaba al llegar. Era también costumbre que la dama tuviese á su lado un « cantor » encargado de esta misión.

El trovero no hablaba solamente de su amor á su dama, sino que lo cantaba también en los versos destinados á sus amigos y protectores.

Así se establecía entre los jóvenes un comercio literario y se cambiaban en verso noticias corrientes ó amorosas, y consejos.

Estas poesías no se cantaban siempre en privado, pues con frecuencia estaban destinadas á mucho mayor publicidad.

Cuando había reunión en alguna morada señorial, no podía menos de hablarse de poesía y de amor. Óigase al trovador Raimundo Vidal:

— El señor Hugo de Mataplán tenía convidados en el salón de su castillo á gran número de ricos barones. Todo era risa y desenvuelta alegría en las mesas suntuosas ricamente servidas. Circulaban algunos convidados acá y acullá; otros jugaban á los dados y al ajedrez sobre alfombras y almohadones verdes, azules, rojos y morados. Abundaban las damas graciosas que conversaban con amabilidad y gentileza. Hallábame yo mismo allí, y así Dios tenga en su gracia á las almas de mis padres, como es cierto que vi entrar á un juglar de buen aspecto, el

1. Hablando de la galantería medioeval, dice Menéndez Pelayo: «... Se buscaría en balde en nuestra viril y austera poesía la liberación sacrílega é hipócrita del culto místico de la mujer.» (N. del T.).

cual nos cantó varias canciones y nos refirió numerosos cuentos¹.

Así debían pasarse muchos días.

Con frecuencia viajaba la canción. La persona que la recibía primero no debía quedarse con ella sino hacerle continuar su camino. De esta suerte iban difundándose estas piececitas, siendo generalmente su último destino la Justa, donde se reunían las asambleas de los concursos.

Estos concursos tenían un presidente que llevaba corona y era asistido por un jurado compuesto de poetas de fama y de personajes importantes. El asunto propuesto solía ser una divisa, ó un aforismo galante como:

Servez Amour, c'est ce qui plus avance².

ó bien:

Corps sans cœur n'aurait beauté³.

Los contrincantes debían ejercitarse sobre estos temas.

Las justas, que no hay que confundir con las « cortes de amor », eran muy frecuentadas.

La principal era la de Arrás, de la que fué Bretel príncipe y señor.

En el año 1003 hubo una peste terrible. La dulce Virgen se compadeció de los atrebatos y dió á dos menestrales, Itier y Pedro Normán, una *candela* milagrosa, que puso fin á la epidemia, según se refiere en el *Dit des Tabouréors*:

La douce mère de Dieu aime le son de la vielle;

A Arras la cité elle fit une courtoise belle,

Aux jongleurs elle donna une sainte chandelle⁴.

Este milagro tuvo gran resonancia. En Valenciennes se paseaba todos los años un cirio formado con las gotas que caían de la candela de Arrás, cuando la paseaban encendida.

Par eternizar esta maravilla, se fundó una sociedad donde se cantaron primero las alabanzas de la Virgen, la proveedora de cirios. Luego fueron laicizándose los cantos.

Estas justas tomaban el nombre de Puy ó poyo, del latín *podium*, por

1. El Sr. Balaguer, en su interesante y documentada *Historia de los Trovadores*, tomo I, da curiosas noticias á cerca de la importancia social de los trovadores, y de las elevadas posiciones que algunos llegaron á ocupar. También asegura haber visto en Aviñón un manuscrito en el que se dice que Alfonso el Sabio concedió una villa á los trovadores que se refugiaron en España. (N. del T.).

2.

Nada hay que tanto aventaje
Como servir al amor.

3.

Sin corazón no hay cuerpo que sea bello.

4.

La dulce Madre de Dios
Gusta del son de la viela,
Y á los juglares de Arrás
Les regaló una candela.

la estrada ó tablado en que se colocaban el presidente, los poetas y los concurrentes¹.

En recuerdo de su origen, empezaba la reunión con las alabanzas debidas á la Virgen que es « una fuente de gran dulzura, un arroyuelo de caridad, un vergel de flores, un vaso de oro fino, un magnífico palacio al que Dios descendió », y también

Sirop de douce confiture,
De quatre herbes pleines de santé!²

Seguían luego las canciones de amor, los certámenes, disputas cortesas, poéticas é improvisadas entre dos troveros sobre un asunto instantáneo.

Juan Bretel era sin igual en los relatos divertidos, como en el del « Padre Eterno en Arrás ».

Fastidiábase Dios un día y se le ocurrió ir á Arrás, donde se reunió el Puy para distraerle. Cortés de Arras, Roberto Delpierre y Fielpe Verdère agotaron en vano su ingenio, pues el Padre Eterno seguía taciturno; pero Juan Bretel logró hacerle desternillarse de risa.

Había *Poyos* célebres en Champaña, en Troyes, en Provins, en Normandía, en Ruán, en Evreux, y en Caen. Los del país de Artois y los de Champaña eran en cierto modo rivales. Formaban dos academias poéticas que tenían vida autónoma, y poseía cada una sus poetas. En torno de Tibaldo de Champaña, « rey de los troveros », agrupábanse en el estrado del jurado sus amigos, Balduino des Autels, Raúl de Soissons, Raúl de Coucy, Felipe de Nanteuil, Tibaldo de Blazón, Reinaldo Sabueil, Bernardo de la Ferté, Juan d'Argies, Roberto de Blois, etc.

Al Poyo de Nuestra Señora, en Arrás, acudían de todas las regiones del Artois, á título de espectadores, jueces ó contrincantes, Andrieu Contredit, Andrieu Douche, Guillermo y Gil le Viniers, Moniot, Collart le Bouteillier, y más tarde Bretel, Ferri, Griéveler, Gaidifer, Perrin de Auchicourt y otros.

El Sr. Luis Passy ha intentado reconstituir de un modo agradable la fisonomía de estos *poyos* los días de concurso:

« Hace ya largo tiempo que los poetas están trabajando en silencio. Llega al fin el gran día. Penetremos con la multitud en el salón de sesiones. Ante nuestros ojos se yergue un estrado, una montaña, un *poyo*,

1. Dice el Sr. Balaguer, en su *Historia de los Trovadores*, que tomaron su nombre del castillo de Puy-Verd, en la diócesis de Tolosa. Según otros, del santuario de Puy-en-Velay. (N. del T.)

2.

Un jarabe delicioso
De salutíferas plantas.

el Helicón tal vez. Hay asientos reservados para el presidente, para los jueces, damas y personajes más considerables. Tal vez se hallan expuestos sobre ese mismo estrado los premios destinados á los vencedores.

Empieza la sesión y la asamblea ofrece sus primeros homenajes á la Virgen.

Después de la Virgen vienen las mujeres. Cada uno de los que toman parte en el concurso ejercita su ingenio en un estribillo ó en una divisa dada de antemano. El poeta canta por sí mismo ó hace cantar por otro la canción cuyo ritmo y espíritu ha escogido. Con frecuencia hay justas poéticas entre el príncipe, los poetas y á veces las damas, ejercicio que divierte y probablemente pone fin á la sesión. Distribúyense á los vencedores coronas de plata y de rosas, y el primero de ellos tiene derecho al título de « Sire ».

No faltaban candidatos á estos concursos á los que se destinaban gran número de canciones de amor. No hay seguramente poeta que no haya querido darse á conocer en estas reuniones cortesas y brillantes que creaban las reputaciones y distribuían la gloria. Las canciones de Tibaldo de Champaña estaban hechas exclusivamente para la publicidad; por eso no se encuentra en ellas ninguna indiscreción.

Se había arraigado entre los caballeros la costumbre de los concursos poéticos, y los siguió hasta Tierra Santa. Lejos de su patria reuníanse aún para cantar á su dama; lo guerrero no perjudicaba nunca en ellos á lo trovador. Desde los confines de Asia el poeta saludaba á su dama allende los mares.

Hemos investigado qué sentimiento inspiraba estas canciones; hemos pasado revista á sus autores y examinado su objeto; las hemos seguido hasta saber su destino. Réstanos estudiarlas en sí mismas, á fin de sorprender en ellas los asuntos felices ó pintorescos y los procedimientos poéticos.

Es preciso dividir las en dos grupos. Unas son puros ejercicios literarios, mientras que las otras contienen emoción sincera. En esta materia sólo puede juzgar el lector. Es fácil hacer constar ó negar la sinceridad en una obra por la impresión que nos produce. En ciertos poetas deben inspirarnos desconfianza la exageración continua, la monotonía persistente de las alabanzas y la reaparición regular de las mismas fórmulas.

¿Cómo fiarse de los juramentos de un Lamberto Ferri ó de un Juan Bretel « los más corridos de los trovadores y los más ingeniosos

1. El célebre marqués de Villena, que fué maestro en la gaya ciencia, nos da en su *Arte de Trovar* una brillante descripción de los *Juegos Florales* celebrados, por iniciativa suya, en Barcelona y Zaragoza, en 1412. (N. del T.)

bromistas »? No amaron ni rimaron nunca sino por distracción y por casualidad.

Enrique III de Brabante se hacía ayudar en la composición de los versos que dirigía á su dama, lo cual hace sospechosa la espontaneidad de su entusiasmo.

Tibaldo se ha burlado agradablemente de esas canciones vulgares en que los lugares comunes reemplazan al sentimiento. Sin embargo, si hay que fiarse de los manuscritos, él mismo hacía servir una sola canción varias veces para distintas personas.

En la mayor parte de las piezas destinadas al *poyo*, el amor tenía menos parte que la vanidad. Entonces ni siquiera tenía la dama los honores de la dedicatoria, reservada para el juez más influyente.

Pero no todo son ficciones. Encuéntrase en ellas sentimientos sinceros, y podría formarse una preciosa antología con sólo reunir las más tiernas y graciosas. En ella figuraría en lugar preferente Tibaldo de Champaña, el rey de los troveros.

¿No resulta en efecto, facticio y frío el soneto de la *Belle Matineuse* (La *Hermosa Madrugadora*), comparado con esta estrofa sobre la « dulce mirada de su dama »?

Dieu a d'elle le siècle illuminé;
Car qui verrait le plus bel jour d'été
Après de lui serait obscur à plein midi¹.

También son conmovedoras las canciones de Gillebert. En cuanto á los versos de Adam de la Halle, de regreso á su país, poseen un encanto delicado.

En general, cuesta trabajo sorprender el efecto que producía en el alma del cancionero el espectáculo de la naturaleza. El sentimiento de ésta no era, en tales poetas, ni muy vivo ni muy original. No sabían ni definir ni expresar sus impresiones; es más, ni siquiera lo intentaban. Lo que dice Fauriel de los trovadores, puede aplicarse exactamente á los troveros: « En vano se buscaría el menor cuadro falso ó verdadero de la condición de los habitantes del campo ó de un determinado conjunto de la vida campestre. Para estos Teócritos de los castillos feudales no hay ni labradores, ni pastores, ni rebaños, ni campos, ni mieses, ni vendimias; jamás hablan del campo ni de la naturaleza campestre. El mundo pastoril se reduce para ellos á una pastora aislada que guarda algunos corderos ó que no guarda nada. »

Si trazan un cuadrito, un paisaje lleno de sol, ó alegrado por el canto de los pájaros, no parecen pintar lo que han visto y sacan sus colores

1. Dios con ella los mundos ilumina,
Pues el más bello día del estío
Á su lado será densa neblina.

del fondo vulgar de los lugares comunes. Sin embargo ciertos cuadritos tienen gracia:

Quand le temps joli revient,
Que la froidure est passée,
Que gelée ne se tient,
Mais que la fleur naît dans la préé
Et sur les bois feuille vient.
Où oisels, la matinée,
Chantent clair...¹

PIERREQUIN DE LA COUPÈLE.

Los caballeros no llevaban una vida muy arreglada. No tenían seguramente nada de Teócritos. Cuando la guerra les dejaba algún vagar, pasaban el día de caza. Al amanecer resonaban en el portal los cascacos de los palafrenes al partir la cabalgata; y los siervos inclinados sobre el trabajo en el campo, se incorporaban y veían desaparecer en el horizonte el brillante cortejo de las damas « con sus resplandecientes ropas, adornadas de púrpura », con su limosnera pendiente de la cintura sobre su manto de « velludo », bordado de oro y de roja seda, y sujeto con grandes corchetes de esmalte incrustadas de pedrería. Á su lado cabalgaban los jóvenes y hermosos jinetes que representa el álbum de Villard de Homecourt, cubiertos con la ceñida cota, calzados con zapatos á la *poulaine* y cubiertos con el tabardo, blasonado con los colores de su escudo y adornado con sus emblemas heráldicos.

Vivían la mayor parte del tiempo en los bosques y las llanuras, que recorrían al son de la trompa y al galopé de sus caballos. Para ver la naturaleza, no tenían necesidad de salir de su castillo, pues ésta los rodeaba por todas partes.

Cuando visitamos hoy día las ruinas de alguna antigua mansión señorial, nos sorprende mucho que nuestros antepasados no se sintiesen más vivamente inspirados por el espectáculo que se extendía ante su vista. Aparte de las reflexiones que suscitan en nosotros las ruinas, y de los diversos sentimientos que experimentamos al pensar en la labor destructora de los años, ocurren también pensamientos menos filosóficos y más poéticos. Trasládase la imaginación á la época en que aquel castillo ne se hallaba aún invadido por la hiedra y las zarzas, ó en

1. Cuando el buen tiempo retorna
Y los fríos han pasado;
Cuando el hielo se derrite
Y esmalta la flor los prados,
Y de hojas se cubre el bosque,
Y, al alba cantan los pájaros...

En nuestros poetas de la Edad Media no escasean estos cuadros: recuérdense el famoso prado que describe Berceo en Santo Domingo de Silos, y la *Vaquera de la Finajosa*. (N. del T.)